LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Año XXII. Num. 5.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.

No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.

DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.

Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

Sumario.—Sombrero de niño de 6 á 18 meses.—Banda doble cruzada.—Cuello recto con solapas.—Corpiño montante.—Limosnera.—Cuello para niño.—Cogin de reps.—Grabado de modas.—Vista de Santiago de Cuba por la parte del teatro.—Una historia mas.—El Hombre de la lluvia.—El Doctor Antonio.—Teatro Principal.—Explicacion del figurin iluminado.—Geroglífico.

Sombrero de niño de 6 á 18 meses.

Este sombrero, especialmente cómodo por su abrigo para la estacion actual, se hace de cachemira blanca, se forra de tafetan de Florencia blanco, azul ó rosa, y se adorna con bordados de trencilla blanca. —*Entre el* forro y la tela se coloca gasa yerta y una ligera hoja de algodon en rama.

Cortadas que sean todas *sus partes, se procede* ante todo á ejecutar el bordado de trencilla, y al coser el ala al fondo se distribuyen los fruncidos con igualdad, guarneciéndolos con un vivo.

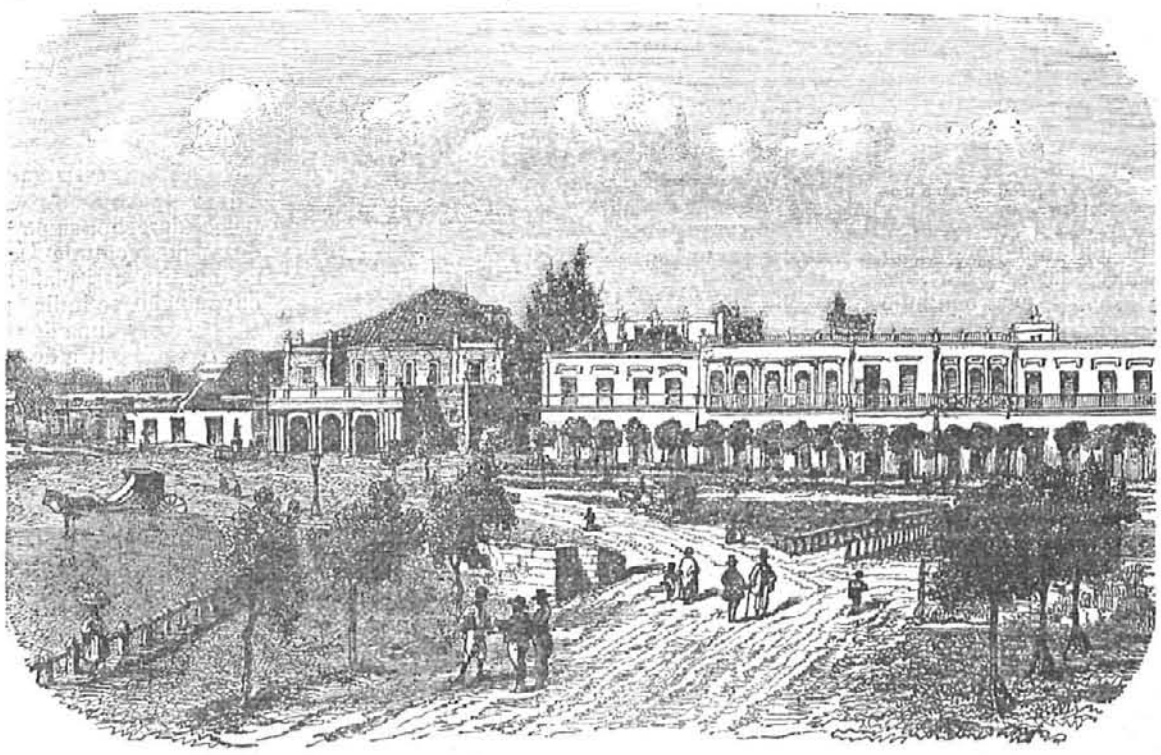
El bavolet se orla con otro vivo de tafetan blanco, y se frunce por el borde de arriba, que se termina por una ancha cabeza; se cosen las dos telas, y por la ya dicha cabeza se pasa una cinta de 3 centímetros de ancho, cuyos cabos salen por el medio, y en este sitio forman un lazo. Los fruncidos del bavolet se distribuyen con igualdad. Para hacer ahuecar el bullon de delante, se cosen por dentro *del sombrero dos cintas* á cada lado, la una sobre la costura que une al ala con el bullon, la otra sobre una jareta de cinta que hay en el bullon. Cada cinta de estas se ata con la opuesta.

El interior del ala se guarnece con un rizado de tul de seda plegado triple, en el cual se ponen bucles de cinta *de tres cuartos de centímetro de ancho*. Sobre el lado izquierdo del bullon de delante, y por consiguiente sobre la tela de encima del sombrero se coloca un copo compuesto de bucles pequeños de cinta que tenga 3 centímetros de ancho: de cinta igual á esta se hacen las bridas.

Banda doble cruzada.

Ved aquí uno de los mas lindos modelos en este género, llamado á gozar en el presente invierno de un favor general: se presta á todas las combinaciones, y embellece los trages todos de cualquier especie que sean.—Las damas muy elegantes le llevarán de encage ó guipur negro: se le harán de tafetan bordado al pasado,—de sobrepuesto de cinta negra,—de tela igual á la del vestido ó bien de muaré negro para que case bien con todas la telas: en fin, se ejecutará de tarlatana,—muselina,—tul ó tafetan de color claro, y se le colocará sobre los *corpiños escotados; poniéndola solamente algo* mas baja de lo que va indicado en nuestro dibujo, esto es, haciéndole seguir por detrás el escote del corpiño.—Compónese este adorno de una tira recta, con un pliegue en cada hombro y otro en el medio de la espalda: los cabos se hacen, segun se quiera, cuadrados, —redondos,— ó triangulares. Nuestro modelo es muaré *antique* azul turquí, puesto sobre un trage gris con lunares azules y con corpiño de muselina blanca; los adornos se componen de encage negro recortado, que se aplica sobre el muaré y que se rodea con un punto de cordoncillo ejecutado con seda negra. Digamos de paso que para estas aplicaciones pueden utilizarse todos los encages viejos cuyo fondo está ya usado. La tira va enteramente orlada por un encage negro estrecho, *ligeramente fruncido.*

Esta especie de adorno podrá tambien ponerse sobre los trages de popelina ó de lana destinados para vestidos de *medio tono*: en este caso, aquel se hará de tafetan negro bordado con seda tambien negra. Entonces se podrá sustituir al encage de la orla un fleco muy estrecho. —Tambien debemos decir que para suarés ó teatros se puede hacer la banda de tul blanco, con sobrepuestos de encage negro; indiferente se lleva sobre los corpiños montantes y sobre los escotados.



TEATRO DE CUBA.

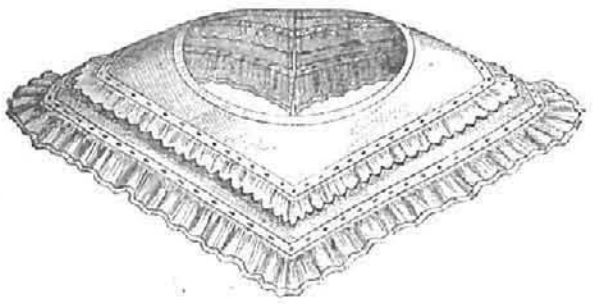
Cuello recto con solapas.

Se hace este cuello de batista doble: se borda con seda negra muy fina ó algodon de color: el bordado se hace á punto de espina, *rama de coral.*—*El dibujo debe hacerse* sobre la parte que vuelve de la solapa, y sobre el borde del cuello propiamente dicho.

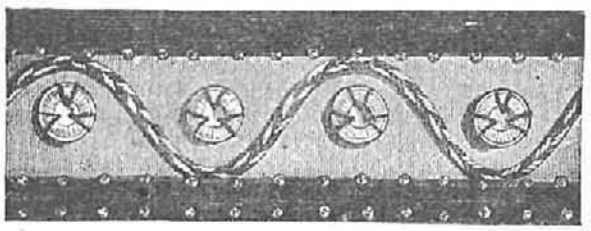
Corpiño montante.

Este corpiño conviene para los trages de seda y de lana: se prolonga un poco sobre las caderas, y forma dos puntas por delante. Las mangas son cua-

© Biblioteca Nacional de España



CUELLO PARA NIÑO.



BORDADO DE LA LIMOSNERA.

dradas, y guarnecidas, como el corpiño, por un rizado de tafetan. Este modelo es sencillo, gracioso, elegante, y será generalmente adoptado para trages de medio equipo, no solo durante el invierno, sino tambien para la primavera.

Las ballenas que se colocan debajo de los brazos deben ser flexibles. El corpiño se abotona por delante. El rizado de éste ha de tener de ancho 2 centímetros y 4 el de la manga.

Limosnera.

MATERIALES.—Tafetan negro; trencilla de seda amarilla de oro; cuentas doradas; cinta de terciopelo negro; botones de metal dorado ó monedas argelinas agujereadas de cobre dorado; forro.

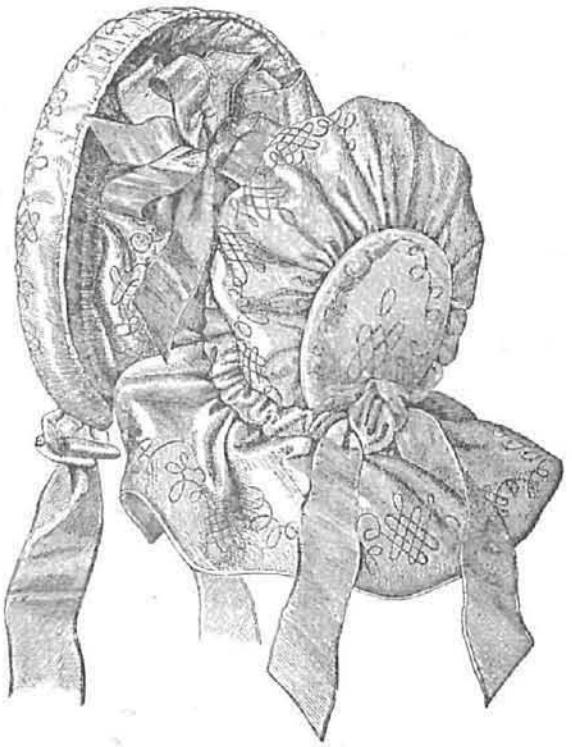
CORPIÑO MONTANTE.

Esta limosnera se sujeta al cinturon por medio de un gancho grande; las señoras, las señoritas, las niñas y hasta los niños, la usan.—Nuestro dibujo la representa en tamaño reducido, pero será fácil darle las proporciones que deba tener segun el gusto y la edad de la persona á quien se destina; un segundo dibujo indica la ornamentacion en tamaño natural. La parte de detrás de la limosnera se corta de una sola pieza (sin la presilla que lleva los botones, que se hace por separado): la parte de delante tambien se corta de una pieza sola, luego las presillas. Todas estas partes son de tafetan negro: primero se forran de percal negro, y luego vuelven á forrarse de tafetan de Florencia del mismo color: en seguida se ejecutan los adornos, que se componen de cinta de terciopelo negro cosido con cuentas doradas, de trencilla dispuesta en ondas, y de botoncitos de metal colocados en los huecos de las ondas. La parte de delante se une á la de detrás por medio de una cinta de terciopelo negro de centímetro y medio de ancho, puesta á modo de ribete sobre las dos telas ya forradas.

Para colgar la limosnera, se preparan dos tiras de tafetan, cada una de 26 centímetros de largo por 3 de ancho: se las forra, se las adorna como el dibujo indica: se le ponen las cinco presillas, y se las cose por el lado de detrás de la limosnera: debajo de las tres presillas superiores se pone un gancho largo y fuerte, que se pasa por el cinturon.

LIMOSNERA.

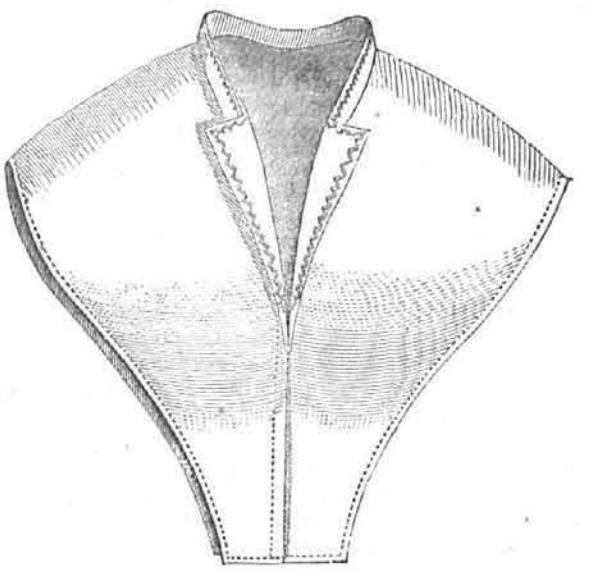
BANDA DOBLE CRUZADA.



SOMBRERO PARA NIÑO DE 6 A 18 MESES.

Cuello para niño.

Nuestro modelo se hace de muselina fina; el bordado y las costuras pespunteadas se ejecutan con algodon encarnado. Su borde se guarnece con un volante encañonado de 90 centímetros de largo por uno y medio de ancho, y cuyo dobladillo, vuelto por el derecho, se pespuntea con algodon encarnado. A dos centímetros y medio de distancia, se pone una tira casi plana, festoneada de encarnado, y cuyo ancho se indica por el mismo feston; en cada una de las guarniciones se coloca una tira de muselina al sesgo, que se pespuntea con algodon encarnado por uno y otro lado, y en el medio de la cual se bordan lunares encarnados muy pequeños. La abertura del cuello va orlada por una tira semejante, pero solo pespunteada; por detrás se pone botoncitos y se hacen ojales.



CUELLO RECTO CON SOLAPAS.

Cogin de reps.

MATERIALES.—Reps gris de lana; trenza de seda color castaño oscuro y castaño claro; torzal negro de seda; retazos pequeños de paño blanco y de paño gris; terciopelo violeta y terciopelo lila; paño verde de tres puntos de color; lana verde y lana color castaño de muchos puntos.

Este dibujo representa una labor de un género enteramente nuevo, y muy digno de llamar la atencion de nuestras lectoras. Su tamaño no nos ha permitido el publicarlo entero; pero la parte esencial, esto es, el ramo de lilas ha podido tener sitio; solo el arabesco que rodea el cogin es el que deberá continuarse todo al rededor.

Despues de haber trasladado á la tela todos los contornos del ramo, se pone aquella en un bastidor; se cose primero la trenza mas oscura, sujetán-

© Biblioteca Nacional de España

dola por ámbos lados con trencilla amarilla de oro, atravesada perpendicularmente por puntos hechos con el torzal negro. La segunda trenza, mas clara, sirve para la guarnicion interior.

Cada una de las flores que componen los racimos de lilas se recorta por separado; el racimo mayor se hace de terciopelo violeta de dos puntos; los tonos del dibujo indican el lugar de las flores mas oscuras y mas claras; los dos racimos pequeños se hacen de paño blanco y paño gris, y los tonos de los dibujos indican tambien para estos racimos el lugar de las florecillas oscuras y claras. Se las recorta aisladamente (cada florecilla se compone de 4 hojas) y se las cose en su sitio por su medio, donde puede ponerse un nudo de seda amarilla.

Las hojas se recortan de paño verde de 3 puntos diferentes; cada hoja se cose con seda fina de su mismo punto de color; las venas, tallos principales y tallos pequeños se hacen con lana céfiro de 3 ó 4 puntos del verde: se ejecutan á puntos largos sesgados.

La rama gruesa se hace con tres puntos de lana céfiro color castaño, á punto de Gobelinos.

Nos es imposible expresar la belleza de esta labor; los racimos aterciopelados, casi de relieve, son de una admirable verdad; la guarnicion, sencilla y sobria, hace valer el dibujo sin deslucirlo; el conjunto es á un tiempo sencillo y rico.

VISTA DE SANTIAGO DE CUBA

POR LA PARTE DEL TEATRO.

Reina de las Antillas se denomina con razon á la Isla de Cuba, porque si bien se diferencia poco de las demás grandes Antillas en clima y producciones, las supera con mucho en riqueza y desarrollo intelectual y material. Cierto es que las alternativas entre la estacion de sequedad (desde 1.° de Enero á últimos de mayo) y la de las lluvias, que son verdaderos torrentes brotados de las nubes, hacen mal sano el país, especialmente para los Europeos, porque á un calor sofocante sucede una humedad continua, pero aquel calor se templa por las brisas del mar allí diarias, y su magnífica vegetacion compensa lo que puede haber de molesto en las vicisitudes atmosféricas.

Capital eclesiástica de la Isla es la ciudad de Santiago, que por eso lleva además el nombre de Cuba; es asimismo cabeza del departamento oriental, y está edificada sobre la costa meridional, en el fon-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE POPELINA LISA.—Levita semi-ajustada de tafetan negro.—Su guarnicion se compone de una ancha pasamanería terminada por un fleco muy ancho, dejando que la levita le exceda en unos 4 ó 5 centímetros. Las mangas, guarnecidas de pasamanería, son anchas y abiertas con ojales y botones, para el caso en que se quiera que las mangas queden menos anchas y abriguen mas. El cuerpo de la levita está cubierto por una pelerina cuadrada por delante y por detrás, guarnecida de pasamanería y fleco.

TRAGE DE TAFETAN VIOLETA.—Lo bajo de la enagua se guarnece con una tira de tafetan negro, formando á intervalos muy próximos festones puntiagudos. Esta guarnicion tiene 20 centímetros de alto desde la punta del feston hasta el borde de la enagua. Una segunda tira de tafetan negro, de 4 centímetros de ancho, está dispuesta en festones mas arriba de la primera guarnicion. Las mangas, semi-anchas, se guarnecen como la enagua. En lo alto de aquella hay un jockey figurado, que lleva un adorno análogo.

© Biblioteca Nacional de España

do de una hermosa bahía, con puerto seguro y cómodo. Tenia no há mucho de poblacion unas 25.000 almas; pero en su rápido desarrollo esta cifra no puede ser ya completamente exacta. Constituyen su principal riqueza el azúcar y el tabaco.

El grabado que va en la primera página representa una vista de la referida ciudad, entre cuyo gracioso caserío descuella su teatro, cuyo peristilo se destaca dando su verdadero carácter al edificio.

UNA HISTORIA MAS.

I.

EL ROCE DE UNA FALDA.

Julio Manterrós era un jóven de veintidos años.

Su larga melena, en honor de la verdad bastante descuidada: su trage decente, aunque no muy limpio; su mirada triste, aunque fija y *penetrante*, y mas que todo un *no sé qué* de abandono y desaliño que se notaba en toda su persona, daban á entender bien claramente al menos perspicaz, que Julio no vivia en el mundo, ó mejor dicho, que vivia para otra persona únicamente, y que el mundo todo le *importaba un bledo*.

Efectivamente, Julio estaba enamorado, pero no enamorado así como se quiera, no prendado de una mujer que le correspondia ó que le daba esperanza al menos de corresponderle alguna vez; todo lo contrario. Julio estaba enamorado de una mujer, que si no le despreciaba, tampoco le daba prueba alguna de simpatía, y á pesar de todo Julio estaba cada vez mas enamorado.

Hay cosas que no se comprenden nunca por mucho que se estudien, y esta es una de ellas. Que vengan aquí todos los fisiólogos del mundo; que vengan y expliquen la razon de este fenómeno.

Se comprende que un hombre ame á una mujer, y que la olvide en el momento en que es correspondido: se comprende que aumente y se avive el amor del hombre al paso que aumentan y se *multiplican los desdenes de la dama: es mas se* comprende que el hombre adore con delirio á la mujer que le aborrece de corazon: pero lo que no se comprende, ó lo que yo al menos no he comprendido nunca, es que un hombre continúe amando á una mujer, desde el momento en que se convence de que esta mujer es de estuco y de que permanece impasible, glacial é indiferente á todas sus protestas de amor y de cariño. Pues bien; esto es lo que hacia Julio: amar con locura á una mujer, de la que nunca habia merecido una mirada. Y que Julio no era tonto, está probado con decir que era poeta.

Pero dejando á un lado digresiones y continuando la historia, vuelvo á repetir que Julio estaba enamorado como un bruto, puesto que este es el nombre que se dá á los que enamorados hasta el punto de *perder la razon*, ven la imágen de su *amor en todas* partes y desbarran ó pierden los estribos al hablar de su adorada. A Julio esto le sucedia.

Era una mañana de noviembre de 1855; el dia estaba nebuloso y la noche anterior habia llovido bastante.—Escusado es decir (pues esto pasaba en Madrid) que las *calle se encontraban* poco menos que intransitables. Al lector le importará muy poco que hiciese sol ó que hubiese llovido; pero como esto se halla ligado en cierto modo al principio de mi historia, de ahí el que lo refiera, pues de otro modo nunca lo diria.

La mañana á que voy haciendo referencia era la de un domingo, el reloj de las monjas de S. Plácido acababa de dar las doce, y por las calles de Silva y de la Luna discurria mucha gente con direccion al templo de S. Martin.

Julio, que vivia por las inmediaciones de la primera calle, se dirigió tambien al templo, oyó misa como Dios manda y luego, no sabiendo á donde dirigirse, echó á andar por la calle de la Luna, sumido al parecer en profundas meditaciones y completamente indiferente á todo cuanto le rodeaba.

Al *llegar á la calle de Tudescos* levantó la cabeza y se apartó un poco de la acera saliéndose al arroyo.

Un vestido de seda verde le habia rozado, y el crugido de aquella falda parece que le electrizó.

Su movimiento al echarse al arroyo, no fué otro que una especie de galantería para con la dama que le habia rozado y á quien indudablemente le estorbaba el paso.

La dama correspondió á esta prueba de atencion con una mirada, tal vez indiferente, pero que á Julio le pareció llena de amor, y hé aquí el comienzo de la historia que voy á referir.

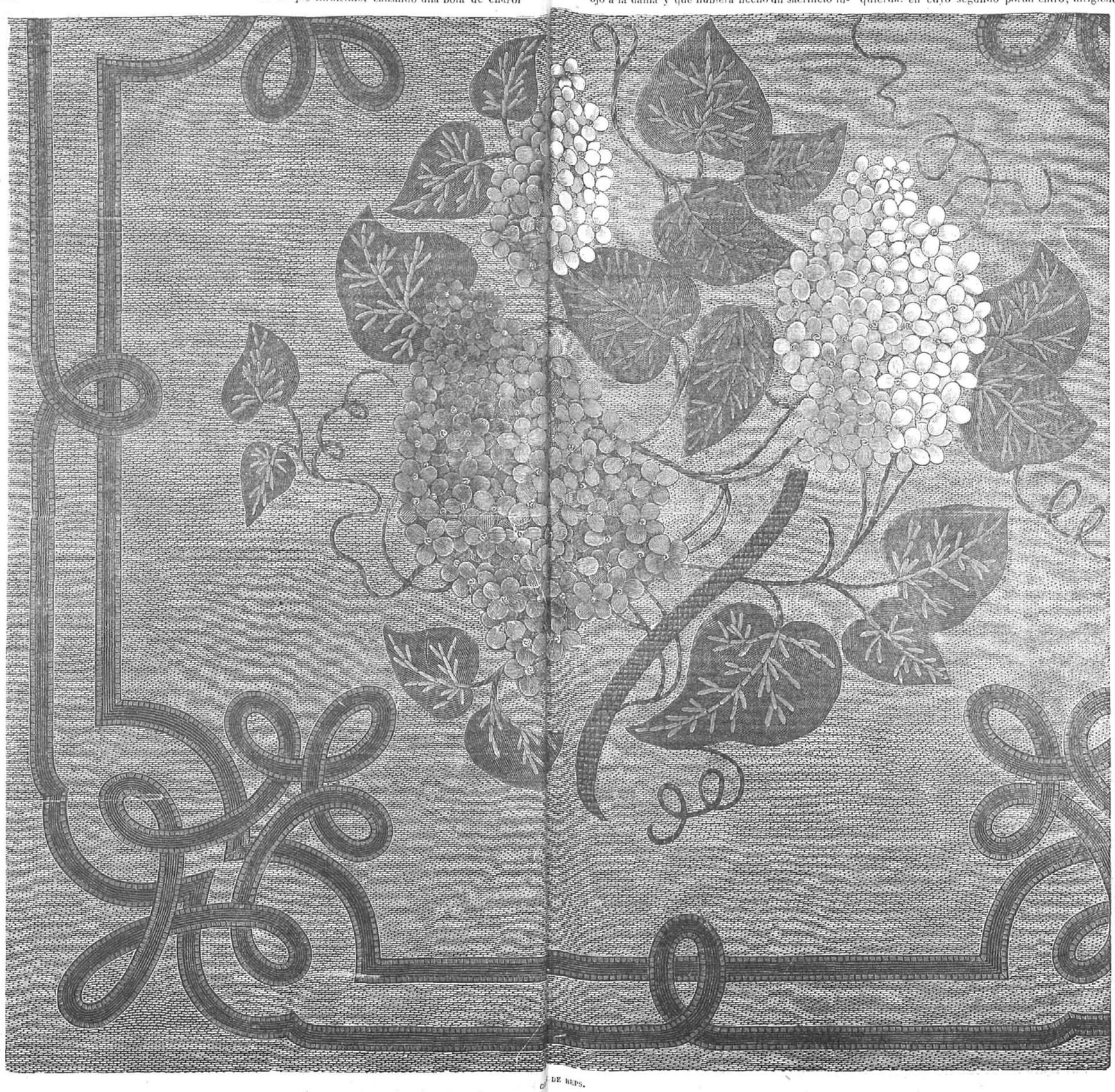
El roce de un vestido, un paso atrás y una mirada; hé aquí el sencillo orígen de unos amores tambien originales.

Julio se pasó á la acera de en frente, y la jóven (pues jóven era la del vestido verde) continuó andando.

Como habia barro y la dama por razon natural no queria ensuciarse, se levantó un poco el vestido, pero nunca tal hiciera: que Julio, prendado como iba ya con la mirada, se quedó como electrizado al ver un pié lindísimo, calzando una bota de charol ajustada como un guante.—Lo que por su mente pasó en aquel momento ni Julio mismo fuera capaz de *explicarlo por mas que lo sintiese*.

Baste decir que desde aquel instante no quitó ojo á la dama y que hubiera hecho un sacrificio inmenso por poder dirigirla una palabra.

La dama prosiguió por la calle de Silva, luego torció á la derecha siguiendo su camino por otra inmediata, y finalmente continuó por otra á la izquierda, en cuyo segundo portal entró, dirigiendo



DE REPS.

á Julio otra mirada, mas bien de curiosidad que de inteligencia.

Julio se quedó como un tonto mirando al portal y á la fachada, y en resumidas cuentas solo pudo sacar en limpio, que aquella casa tenia tres pisos de á siete balcones, que los balcones tenian persianas verdes, y que el n.º de la casa era el 23.

—¿Quién será esta mujer?—se preguntaba luego *lleno de confusion y de impaciencia. Oh! me precisa* averiguarlo; y no hay duda, lo averiguaré; pero entre tanto....

Julio, en fin, no pensaba ya en otra cosa, y no encontraba un amigo á quien no le hiciese alguna pregunta, con objeto por supuesto de averiguar quién era la dama.

Cinco dias pasaron en esta fatal incertidumbre, y al cabo de ellos pudo averiguar que la dama se llamaba Elisa, que sus padres ocupaban en la sociedad una buena posicion, y finalmente que no se la conocia novio.

Con mucho menos que esto se hubiera contentado Julio, así es que adquirir tales noticias y empezar á saltar de gozo, todo fué cosa de un instante.

—Elisa!—exclamaba el jóven lleno de regocijo: poético nombre en verdad; tan poético como su figura.

Y media hora despues de llegar á su casa el nombre de la dama estaba ya escrito en su cartera, en sus libros y papeles, y hasta en la pared los escribió como si temiese que se le olvidase.

—Elisa! Elisa! exclamaba lleno de contento.

Y *escribió mas de mil versos aquella noche* en elogio de su amada.

II.

JULIO MANTERRÓS.

Elisa, que así hemos dicho se llamaba la dama del vestido verde, era una mujer encantadora.

De tez morena, ojos rasgados, nariz aguileña y labios de coral, facciones todas que recordaban sin querer la raza árabe en toda su pureza, el rostro de Elisa estaba animado de una expresion dulce y *melancólica á la cual daban vida los destellos de* fuego que se escapaban sin querer de sus grandes y hermosos ojos. Describir con la pluma las bellezas de aquel rostro sin par, indicar uno por uno todos los detalles de aquella completa hermosura, querer dar una idea de lo que era en fin aquella *dama, fuera* empresa muy superior á las *fuerzas* del que esto escribe; para poder comprender ó tener por lo menos una sombra de su hermosura, era preciso fotografiarla, y aun así le faltaria el fuego de la mirada, que constituia por decirlo así la belleza primordial de aquel rostro encantador y de aquella expresion divina y magestuosa.

Elisa era un tipo acabado de hermosura, y las negras trenzas que partian de sus sienes, realzaban mas y mas su poética figura.

La jóven entró en su casa sin acordarse mas del que en la calle de la Luna le habia dejado la acera.

—Un impertinente mas;—diria para sus adentros:—otro pollo de los que diariamente me persiguen,—añadiria tal vez usando una expresion que tan fielmente retrata á esos ridículos mozalvetes que no sabiendo otra cosa que arreglarse la corbata, *encocoran á todo el mundo con sus necias impertinencias* y se creen con derecho á todo lo que en buena sociedad no debe admitirse; pero Elisa se equivocaba. Ni Julio era pollo, ni se parecia en nada á tan ridículos entes.

Julio era un jóven injerto en viejo: es decir un muchacho de pocos años con pensamientos de hombre. Su estudio del mundo y mas que todo su desgracia, le habian aleccionado y hecho comprender lo que es la vida, y de ahí el que todo lo mirase con indiferencia, de ahí el aspecto glacial de su semblante, y de ahí en fin el que rara vez se le viese acompañado. Sus amigos mas de una vez le habian dado á entender que lo eran solo de nombre, y por esta razon Julio habia renunciado á su amistad. El profundo amor que sintió hácia Elisa, era una prueba mas de esta misma indiferencia con que lo miraba todo.

Retirado del mundo ó alejado por lo menos del trato de las gentes, su corazon necesitaba otro en quien desahogarse, y escarmentado con la falsía de los hombres, ansiaba una mujer á quien hacer dueña de todos sus secretos. Julio creyó encontrar en Elisa *la mujer á quien buscaba, y de ahí su* profundo amor y su continuo desasosiego; pero Julio se engañó tambien: todo su entusiasmo, todo su amor, toda su dicha, iban á estrellarse contra un corazon de piedra, ó si no de piedra, contra un corazon que no latia, que permanecia insensible á todas sus protestas de amor, al lenguage elocuente de sus miradas. Y Julio, sin embargo, proseguia

© Biblioteca Nacional de España

amándola; y no pasaba un solo dia sin que tres ó cuatro veces cruzáse por su calle; y miraba á los balcones, y los encontraba abiertos, y ella se asomaba algunos dias, y la miraba Julio; pero inútiles eran sus paseos, inútiles todas sus miradas.

Elisa permanecia al balcon y miraba tambien á Julio, pero del mismo modo que se miran los objetos expuestos en un escaparate; con ojos de curiosidad, pero no con ojos de cariño.

Y á pesar de esto, Julio no se resentia; y aumentaba su amor á la par que aumentaban los desdenes: y llegó á embotarse su sensibilidad de tal manera, que no le hacian efecto los desvíos, y tomaba por amor lo que tal vez era indiferencia; y pasaron dias y dias, semanas y semanas, y Julio al cabo de un año amaba á Elisa tanto como aquel domingo en que la vió *por vez primera*.

—¡Ingrata! solia exclamar algunas veces. Y sus ojos se embotaban en lágrimas amargas que le quemaban el rostro y oprimian su pecho.—Tal vez llegue *un dia en que te pese; ahora me desprecias* porque nada soy; pero ¿quién sabe si llegaré á ser algo? Y aunque no lo sea ¿quién sabe si algun dia querrás arrepentirte? ¿Y será tiempo aquel dia? Tal *vez no, tal vez acudas tarde; y cuando entonces me* veas querrás dirigirme la palabra, y yo la escucharé gozoso mas que ahora, pero triste á la vez, porque tendré que decirte, *es tarde*; y tú me escucharás, y lamentarás quizá tu error ó tu estravío, pero *es tarde* volveré á decirte. Y ámbos lloraremos.

Julio continuaba hablando como un loco: los ojos parecia que querian escapársele de sus órbitas, la frente le abrasaba como lumbre, y los nervios se le crispaban á la vez.

Julio tenia calentura.

Entre tanto Elisa hablaba al balcon con otro amante.

Y no se acordaba de Julio para nada, y conservaba unos versos, sin embargo ¡versos escritos con el alma, y con os cuales Julio se despidió para siempre de las musas!

¡Ingrata! y aun hay quien ame á las mujeres.... pero ellas no tienen la culpa: tal vez Elisa llore arrepentida: la suerte....

Mudemos de capítulo.

III.

¡UN AÑO!

Un año habia pasado.

En este tiempo *ni un solo dia dejó Julio de pasar* por la calle de Elisa; pero por esta época ya los balcones estaban cerrados; solo se divisaban tiestos de hermosas flores cultivadas por la mano de la dama: *pero Julio nunca la veia.*

IV.

UN ENCUENTRO Y DOS MIRADAS.

Era una tarde de Octubre de 1858; el dia estaba muy hermoso, los rayos del sol caian sobre Madrid, limpios como el cielo, bañándole de alegría, y Julio bajaba por la calle de los Autores entretenido en leer unos papeles.

Una voz dulce y simpática vino á interrumpirle; alzó los ojos, y Elisa acompañada de otra jóven subia tambien por la misma calle.

Julio la miró; ella le miró tambien; pasaron y nada se dijeron, pero los ojos hablaron sin duda alguna.

Dos años de ausencia y dos años de silencio tenian necesariamente que ser expresados por medio de una mirada y lo fueron sin disputa.

La mirada de Elisa le pareció á Julio mas expresiva, y correspondió á ella con otra mas seguida y penetrante, que Elisa no pudo resistir.

—*Aun te amo!* querria decir la mirada de Julio.

Sé que me quiere! dió á entender Elisa con su mirada.

Y la jóven que acompañaba á Elisa debió comprenderlo así, porque dirijió á Julio otra mirada investigadora.

Elisa estaba hermosa como nunca: llevaba tambien vestido verde; pero de un verde mas precioso.

Julio volvió á adquirir noticias de Elisa, y supo que dos dias antes habia llegado de París, donde habia residido durante el verano.

V.

TRES AÑOS DESPUES.

El desden de la dama continuaba: Julio cambió de barrio y la perdió de vista, pero no por eso la olvidaba.

Pasaron algunos meses y Elisa y Julio volvieron á encontrarse.

Él la miró como siempre; lleno de amor y de cariño.

Ella no quiso corresponder á esta mirada.

Julio se quedó cabizbajo y pensativo.

VI.

UNA CARTA.

Al dia siguiente del nuevo encuentro, Julio estaba como aletargado.

El profundo desden de Elisa, minaba su existencia; y no solo su espíritu se halalba decaido, sino que en todas sus facciones se notaba poca vida.

Julio permanecia siempre abismado en profundas reflexiones y se pasaban dos semanas sin que se le viese salir de casa.

Tanto abatimiento debia necesariamente resolverse en enfermedad, y Julio cayó enfermo.

Pasaron dos meses y Julio se levantó por fin.

—¿Qué dices, Elisa? exclamaba como un loco.

Y Elisa no le escuchaba.

Restablecido por fin, tomó una noche la pluma y escribió la siguiente carta.

«Adorada Elisa: tres años hace que os conozco, y *tres años hace que os amo con delirio.* ¿Es acaso culpa mia el haber concebido la pasion que me devora, y de la cual depende acaso el colmo de mi felicidad? ¿Es acaso culpa mia el haberos conocido y *no haber podido resistir al influjo del amor? No*, hermosa Elisa: vos debeis sin duda comprenderlo, é inútil será por consiguiente que yo me esfuerce en repetíroslo. Mi corazon, libre hasta ahora de pasion alguna, en vano pretende en este instante buscar medios para olvidaros: vos habeis sido siempre la imágen de mis sueños, y vos sereis la única mujer de la tierra capaz de inspirar mi amor. Si soy culpable al manifestároslo, si loco me juzgais al repetíroslo, perdonad mi delirio y compadeceos de mi frenesí, si es que solo soy acreedor á la compasion de una mujer á quien tanto adoro. ¡Si vos me amáseis! ¡Si vos me miráseis siquiera con ojos apiadados!.. pero no; vos no me amareis; yo soy en el mundo una persona harto despreciable para que vos pareis en mi tan sola una mirada. ¡Oh! si supiéseis lo que padezco... si pudiéseis leer en el fondo de mi corazon... si os fuese dado oirme en mis ratos de delirio... Mucho padezco, Elisa; decidme que me amais siquiera una sola vez; decidme que no os soy del todo indiferente; hacedme una confesion que tanto ansío, y entonces... ¡Oh! entonces seré el mas feliz de los mortales. ¿Creeis que es fingido cuanto os voi diciendo? ¿Creeis que solo es hijo de una imaginacion calenturienta? No, hermosa Elisa; *imposible* es que así lo creais: observad la impaciencia que en mis facciones se retrata, notad solo un instante la expresion que me domina, y vereis que no es otra que la de una profunda melancolía, la *de un continuo pesar que acabará con mi* existencia, si vos llegais á despreciarme. ¡Tantas veces he pasado por debajo de vuestro balcon para observar tan solo el menor indicio de amor en *vuestras lánguidas miradas! pero nada; nada he conseguido.* ¿Qué habeis pensado de mi, ídolo mio? ¿qué ideas han surcado por vuestra mente al verme detrás de vos en todas partes, al verme entrar en *la Iglesia siempre á vuestro lado?* ¿habreis dudado quizá de mi amor? vuestro corazon no puede haberse engañado; y sin embargo, aun vivo sumido en las tinieblas con respecto á lo que por vuestro corazon pasa en este instante. ¿Amareis á otro? Terrible idea. ¡Oh! si fuese cierta... oidme una vez siquiera, Elisa mia, contestad una vez tan solo á mi pasion sincera, decidme si soy un loco al contemplaros ó si solo os muevo á risa ahora que lleno de amor me determino á escribiros. ¿Lo hareis? yo así lo espero y no sereis tan cruel que consintais en que viva padeciendo este jóven desventurado, que solo con vos pudiera ser feliz.

JULIO.»

Elisa leyó esta carta, tal vez con la misma frialdad con que hubiese leido un anuncio en *El Diario*, *y al dia siguiente se la devolvió á Julio.*

Este no supo el efecto que le causó á su amada ni las causas que mediaron para esta devolucion; pero la carta volvió á sus manos, y Julio sin embargo, *continuó amándola.*

¡Pobre Julio!

VII.

OTRA CARTA.

Desde el dia en que Elisa le devolvió la carta, Julio no supo qué hacer, y andaba como un tonto, siempre aburrido y siempre concertando planes.

Resuelto por fin, á excitar por última vez los sentimientos de la dama la dirijió otra carta concebida en los siguientes términos.

«Adorada Elisa: tres años hace que os conozco, y tres años hace que vivo padeciendo: dos meses hace que os escribí por primera, y dos meses hace que en vano espero vuestra contestacion. ¿Me despreciais? ¿os soy indiferente? ¿os causa horror mi presencia? Contestad á cualquiera de mis preguntas, y sacadme ya del estado lastimoso en que me encuentro. Si no haceis caso de mis palabras, ¿por qué no me lo decís? ¿os complaceis acaso en verme padecer? ¿os complaceis acaso en verme sufrir? No os creo tan cruel que os sirva de diversion mi sufrimiento. Vos podeis comprender lo mucho que os amo con solo mirar á mi semblante; vos podeis comprender lo mucho que os adoro con solo meditar un poco acerca de mis acciones. Si voy á donde vos, es porque el amor me arrastra á caminar detrás: si os sigo á *todas partes*, es porque tengo un placer inexplicable en contemplaros: obro en fin siempre guiado por el amor. ¿Qué pues exijís de mí? mandadme y sereis obedecida. Es verdad que *soy muy jóven y que de modo alguno debiera* aspirar á vuestro amor; pero vos tambien lo sois, Elisa mia, y creo que esto no sea un obstáculo para nuestro cariño. Contestadme, en fin, Elisa, contestadme, y decidme lo que pasa en vuestro *corazon;* pero sacadme de esta incertidumbre en que me encuentro. Yo os amo con delirio y con delirio os amaré mientras exista. Si vivo es por vos; cuanto hago es por vos, Elisa mia. Sin vuestro amor aborreceré la vida, y el dia en que deshagais mis ilusiones agotando todas mis esperanzas, aquel dia me ocultaré en un rincón, y de él no saldré sino para la tumba. ¡Adios! vuestro amante

JULIO.»

La suerte estaba echada: ó Elisa habia jurado indiferencia eterna, ó el sino de Julio era el de no *verse correspondido.*

Esta carta tuvo el mismo éxito que la primera, si bien Elisa no la devolvió.

Julio, sin embargo, ignoraba por completo el efecto que en la dama causaban sus epístolas, y esto es lo que mas le desesperaba.

El asunto era demasiado delicado para confiárselo á nadie, y de ahí el que Julio nada averiguase, pues consultando con algun amigo de la familia, tal vez hubiese podido indagar alguna cosa.

Julio renunció por fin á molestar mas á la jóven por escrito, pero no por eso renunció á su amor, que esto en él era imposible. Mil veces trató de olvidarla, pero nunca pudo conseguirlo. El recuerdo de Elisa iba unido á todas sus ideas, y en vano procuraba alejarlo de su mente. Elisa era su única aspiracion, su único pensamiento.

Pasaron algunos meses, y Julio nunca olvidó á Elisa, entretuvo el tiempo con algunas jóvenes con objeto únicamente de olvidarla, pero no lo consiguió.

Julio ya no la veia.

VIII.

UNA REVELACION.

Era una noche de Junio de 186...

En una casa próxima á la calle Mayor paraban algunos coches, el reloj de la villa acababa de dar la una y todo indicaba que en dicha casa se preparaba una *soirée.*

Efectivamente la daba el señor X... y á ella concurrian las principales personas de la Córte.

Entre ellas se hallaba Elisa.

Nada diré de su hermosura, porque estaba mas bella que nunca. Solo sí diré, que pasado algun tiempo se dirijió á ella un caballero jóven de bigote negro, y que despues de los cambios de saludo de costumbre, entablaron ámbos el siguiente diálogo.

—¡Vd. por aquí, Elisa! yo la creia á Vd. arrepentida...

—¿De qué?

—De vuestra crueldad *para con un amigo...*

—No comprendo...

—Prueba indudable de que le ha olvidado V.

—Si V. no se explica...

—Con *mucho gusto.* ¿V. *no se acuerda de un* jóven que hace cuatro años la seguia á todas partes?

—No recuerdo.

—De un jóven que la escribió dos cartas...

—Si V. no se explica mas...

—Era escritor.

—Ya caigo: habla V. de Julio...

—De Julio Manterrós, justamente.

—¡Qué! le ha visto V?

—No está en Madrid en este instante, pero aquel jóven la amaba á V. como no la amará ninguno.

—Lo sé, lo sé, Sr. N... pero yo tambien le he correspondido...

—¡Cómo, Elisa!

—Quiero decir que nunca le quise mal.

—Pero tampoco bien.

—Y prueba de ello es que he leido siempre con sumo gusto todas sus novelas, y que me he enterado de su vida.

© Biblioteca Nacional de España

—No mucho, cuando ignora V. que se halla fuera.

—Es que hace tiempo le perdí de vista.

—Pues él en cambio nunca la ha perdido á V.

—Lo creo; es un muchacho que me ha querido *mucho; por lo menos así lo ha demostrado.*

—¡Oh! no lo sabe V. bien, Elisa.

—Lo sé, lo sé, y aun conservo unos versos suyos... los primeros que me escribió.

—Y los últimos que ha escrito, Elisa, aunque escribió muchos acordándose de V.

—¿Y qué es de Julio? preguntó Elisa con alguna curiosidad.

—Se ha casado; la contestó N.

—¡Se ha casado! exclamó Elisa como asombrada.

—Se ha casado, sí; ¿lo extraña V.?

Elisa nada contestó.

—*Se ha casado*, prosiguió N., *porque convencido* sin duda de que el odio de V. era implacable...

—Pues nada sabia; le interrumpió Elisa.

—Esa es una prueba mas de que no se interesaba V. mucho por él, cuando no procuraba averiguar su suerte.

—Si tal, si tal, y cuando V. le vea comuníquele mis afectos y dígale que siempre me he interesado y que me intereso por su suerte.

—Muchas gracias, señora; pero dudo que lo crea.

Y efectivamente, así fué. N. participó á Julio los detalles del diálogo anterior, y el semblante de Julio se animó por el pronto, pero aquella anima*cion desapareció en seguida. Luego añadió: es tarde*, y su mirada volvió á entristecerse.

IX.

EPÍLOGO.

Algunas noches despues de lo referido en el capítulo anterior, Julio por distraer su crónico mal-humor se dirijió al Teatro Real: al ir á tomar el billete, sintió detrás de sí el crugido de una falda de seda: volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con Elisa.

Él la miró, como puede mirarse al bien que hemos perdido, con ojos de amor y de tristeza.

Elisa en cambio reparó en él, y apartó en seguida su mirada.

Julio se alejó del despacho de billetes.

—¡Ingrata! exclamaba despues: y dice que no me olvida!... y dice que me amaba!... *Yo nunca la olvidaré, pero antes de morir quisiera cambiar con ella tres palabras.*

Y Julio prosiguió andando sin saber por donde.

Ignoramos si Julio y Elisa habrán vuelto á encontrarse siquiera haya sido en algun baile de carnaval y con careta.

Lo que sí sabemos es que Julio continúa triste.

T.

EL HOMBRE DE LA LLUVIA.

(Conclusion.)

A los torrentes de antes habia sucedido una lluvia fina y tenaz. Estaba en posesion del objeto de sus deseos, ¿pero qué uso iba á hacer de él? No se atrevia á ofrecerlo á la dama despues de la escena anterior. Volvióse al portal, y no bien en él vió entrar á un señor por cuyo cuerpo corria el agua en abundancia, y que no llevaba paraguas. Era el tal un hombre de edad, ligeramente encorvado, y que llevaba un vestido cuya moda habia pasado ya con mucho. Sus facciones expresaban la satisfaccion mas completa, y aunque estaba empapado en agua hasta los huesos, sus pasos eran cadenciosos y nada precipitados. Saludó con la cabeza, y con voz dulce y benévola dijo:

»Bien ha llovido hoy, no es verdad? Y con viento del este. Semejante lluvia es una anomalía; llueve contra todas las reglas de la naturaleza y de la experiencia. Todas las mañanas veo el viento que hace: de cada cien veces, las veinticinco hay sequedad con este viento. La última vez que llovió con él fué el 26 de Junio de 1846; pero aquella vez yo tuve la culpa.»

Wachtel, tranquilizado al ver el carácter inofensivo *del recien llegado, le interrumpió, riendo con aire de* incredulidad:

»Cómo! V. tuvo la culpa de que lloviese?

—Ciertamente, continuó el viejo, así como tambien tengo la culpa de la de hoy. Cuando me levanté esta mañana y vi la veleta del panadero de en frente de mi casa, teníamos el viento del este mas puro y mas bello, sin la *menor mezcla de norte ó de sur. Pensé entonces* que podia arriesgarme á salir sin paraguas. No bien habia andado media hora cuando empezó el aguacero que V. ha visto, y como además llevaba mi sombrero nuevo, la lluvia se convirtió en un verdadero diluvio. Aquí donde V. me vé, cuando salgo sin paraguas siempre llueve, y cuando le llevo no llueve nunca. ¿Pero V. no me conoce?

—No tengo ese gusto, respondió Wachtel.

—Es extraño, continuó el viejo como sorprendido. Yo sirvo de barómetro para todo el barrio: así no soy conocido sino por *El Hombre de la lluvia*. Los relojes tambien se arreglan por mí, porque paso siempre á la misma hora por los mismos sitios. Caballero, ¿V. espera á que escampe?»

Wachtel hizo un signo afirmativo.—»Pues no lo espere V. mientras estemos aquí encerrados. Yo soy tan seguro como el mejor barómetro. Tengo un primo propietario de unas tierras; cuando hay demasiada sequedad me hace ir á ellas sin paraguas y con sombrero nuevo, y apenas estoy llego á sus campos cuando diluvia. Bajo este punto de vista yo soy verdaderamente notable.»

Wachtel, aunque agradablemente impresionado por las amistosas maneras del viejo, pensaba en la dama refugiada en el cuarto del portero, y hasta sospechó si el recien venido pudiera ser el esposo á quien esperaba, en cuyo caso debia advertírselo; por tanto, interrumpió á su interlecutor con esta pregunta á quema-ropa:

—¿Es V. casado?

—Nó, respondió aquel con la misma amabilidad. Y pasando vivamente á otro asunto, exclamó gozozo.

»Pero V. tiene un paraguas! entonces se ha salvado V. Adios, jóven, páselo V. bien,» y sin mas ceremonia se apoderó del paraguas del extranjero que Wachtel habia arrimado á la pared, lo blandió con aire de triunfo, y desapareció gritando:

»Jóven no tenga V. cuidado; antes de media hora tendrá V. sol.»

Wachtel estupefacto, miraba con tanta boca abierta al viejo que iba alejándose cada vez mas.

Vuelto de su primera sorpresa se lanzó hácia la puerta para precipitarse á la calle á fin de perseguir al robador de su paraguas y de su dicha; pero en aquel momento llovia de tal modo que se vió obligado á renunciar á su propósito. Aproximóse sin embargo á la puerta cuanto pudo, y se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: »Eh! caballero, quiere V. devolverme mi paraguas? Eh! no me oye V.?»

Pero mi hombre seguia chapoteando con toda la fuerza de sus largas piernas, y Wachtel oyó solamente á lo lejos estas palabras:

»*No tenga V. cuidado, jóven; antes de media hora* tendrá V. sol.»

»Se vá, no hay duda» exclamó dolorosamente Wachtel. »Me ha robado un paraguas que no es mio y que no puedo pagar! ¡Es posible que un ladron se oculte bajo apariencias tan honradas!»

No tuvo mucho tiempo de estenderse en reflexiones acerca de la depravacion de las costumbres, porque vió á un caballero alto que parecia registrar la calle con inquietud, y que, como él, se hallaba desprovisto de paraguas. Verlo, adivinar quien era, y apresurarse á enmendar la falta que habia cometido respecto á la incógnita dama, fué para Wachtel asunto de un momento; obrando como siempre sin reflexion, se lanzó á la calle y se aproximó al caballero.

—»¿Busca V. á su señora?» dijo el jóven aturdido saludando cortesmente.

»Mi señora!.. en efecto... Pero señor, ¿quién es V., y quién le ha dicho?...

—Vá V. á saberlo; sígame V.»

El desconocido frunció el entrecejo, y apremiaba á su guia para que se explicase mas claro; pero este le empujaba *haciéndolo entrar en el portal de la casa que* habia sido teatro de todos los incidentes referidos, y asomándose al cuarto del portero, anunció á la dama que su marido la esperaba afuera. Levantóse esta, y habiendo reconocido que en efecto era así, dijo sonriendo al jóven: »Ved aquí, caballero, un servicio que hace olvidar otros servicios intempestivos que V. quiso antes prestarme. En*tonces comenzaron las recíprocas preguntas.*

»¿Cómo se encuentra V. aquí?» decia el marido.

»Y V. cómo ha podido encontrarme?»

»Y el señor cómo ha podido reconocerme para darme aviso?»

He salido, dijo la dama, porque V. me habia dicho que me hallase junto á la fuente que hay en esta plaza, á fin de hacer una visita juntos. Pero dejé mi casa hace dos horas, y como hacia buen tiempo no tomé el paraguas. Me he refugiado aquí sabiendo que habia V. de pasar por delante de esta puerta.

—Pero en fin, V. no estaba en el portal, y no podia por tanto verme pasar, »dijo el marido,» y no me esplico... La dama se sonreia sin responder... Wachtel se adelantó y tomó la palabra:

»Yo soy quien debo explicar el resto de esta aventura, y lo haré con tal sinceridad, que espero me sirva de espiacion. Es menester que V. sepa, caballero, que tengo el defecto de ser demasiado servicial; estaba en el vestíbulo cuando entró esta señora sin paraguas: le ofrecí mis servicios, los rehusó; tuve la necesidad de insistir; me dió una buena leccion, y, creyéndome sin duda mas necio de lo que en rigor soy, se ha atrincherado en el cuarto del portero de esta casa para evitar mi compañía. Desde entonces no tengo mas que un pensamiento, el de reparar mi falta. Yo habia conquistado un paraguas á fuerza de audacia; pero, ¡oh desgracia! aquel paraguas me fué robado por un pícaro, por un malvado, que ocultaba sus odiosos proyectos bajo el velo de la *honradez y del candor. ¿Qué hacer? Si en vez de un para*guas pudiera yo traerle á esta señora su marido, ella me permitiria quizá el ir á buscarle un carruage, y así no llevaria de mí ningun mal recuerdo. Entonces, caballero, me propuse examinar á todo el que por aquí transitara; entonces le reconocí sin haberle visto nunca, porque leí en su rostro de V. sus dudas y su perplejidad. *Lo demás V. lo sabe.*»

Marido y mujer reian de muy buena gana durante esta narracion. »Pues bien, caballero,» dijo el marido, »supuesto que tan bien toma V. lecciones, venga V. á verme; mi edad me permitirá dar á V. algunas muy amistosas.» Wachtel levantó al cielo sus manos en señal de gratitud. Disponíanse ya á separarse, cuando el señor viejo se presentó de repente con su paraguas desplegado; cerrólo en seguida, y lo entregó á Wachtel con un movimiento significativo de cabeza diciéndole: »Ya lo vé V.; apenas he estado en la calle media hora con mi paraguas, y tenemos el mas hermoso sol! Buenas tardes, señores; he celebrado mucho el haber podido prestaros este corto servicio.»

Dicho esto, hizo un saludo amistoso á todos, y marchó.

No bien le vió Wachtel alejarse, exclamó con aire consternado:

»*El Hombre de la lluvia* se vá sin paraguas y con un sombrero nuevo! Démonos prisa; dentro de cinco minutos vá á llover á cántaros.»

Y el portero se quedó allí con tanta boca abierta, y no comprendiendo una palabra de cuanto acababa de suceder.

(*Traducido del aleman.*) CHARLES ADAM.

— 29 —

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

—Quizá, añadió al cabo de una pausa, quizá sois la *signora inglesa* que ha vivido hace tiempo en esta casa, y que ha hecho tanto bien al país.

Estas palabras fueron un bálsamo para el corazon de Lucy; el interés que sentian hácia ella los que ella habia abandonado, no estaba extinguido.

—Lo habeis adivinado, respondió; yo soy la *signora inglesa*. Tomad esto en recuerdo de una persona que tiene mucho cariño á Bordighera.

Y se volvió al carruaje á toda prisa diciendo al criado que partiera con direccion á la posada de Posta en Mentone.

Habia llovido mucho mientras Lucy se habia detenido, y la vizcondesa irritaba. Hutschin la propuso detenerse en alguna parte para secar sus vestidos, tomar algo caliente; pero Lucy no quiso pararse antes de llegar á Mentone.

La promesa de una propina fabulosa animó al postillon, y al caer la tarde el coche cubierto de lodo se detuvo ante la posada de la Posta.

El cielo habia aclarado por el Oeste, y los matices rosados del sol que se ponia en medio de una masa muy densa de gruesos nubarrones, alumbraba un grupo que habia junto á la puerta de la posada, uno de esos cuadros familiares y sencillos con que habrian hecho una obra maestra Teniers ó Mieris.

En un banco de madera estaba sentada una hermosa mujer de ojos negros y cabellera de ébano; á corta distancia un hombre de unos treinta años, de cútis tostado y de patillas negras, con una pipa en la boca, estaba en cuclillas, con los brazos extendidos hácia un precioso niño de cabello muy rizado y muy rubio; el padre y la *madre con su ejemplo y con sus palabras* animaban al niño á que diera sus primeros pasos; este con gritos de alegria infantil iba como podia del uno al otro.

Lucy miró atentamente á los tres.

De repente Speranza se vuelve y distingue el rostro de Lucy.

—¡Madona santa! Madre, madre, ¡es la signora!

De un salto se planta á sus piés, arrojando el niño en brazos de su marido que se cae de espaldas, sube al estribo del coche y se arroja al cuello de Lucy gritando:

—¡Oh! ¡Mi querida señora!

Es todo lo que Speranza pudo decir.

Rosa acude á su vez con una sola idea, idea muy natural, la de que le ha sucedido al niño alguna desgracia.

Pero Battista se levanta, y entonces, un reconocimiento general tiene lugar en medio de tantas bendiciones, tantas lágrimas, apretones de manos é invocaciones á la Virgen, que la cosa habria sido muy cómica si no fuera tan interesante.

—¡Dios mio! ¡qué manos tan frias! ¡Qué aire tan cansado!... ¡Si estuviera aquí el doctor Antonio!...

Speranza se muerde la lengua; Lucy *es conducida ó* llevada al mejor cuarto de la casa.

Muy luego está ardiendo la chimenea, adelantan el sofá, y Lucy, despues de haberse quitado su pañuelo y su vestido mojados, se tiende bien cubierta en el sofá á descansar y á calentarse.

Speranza se inclina tiernamente hácia el amable ob*jeto de sus cuidados; acaricia* y *besa las* manos frias de la vizcondesa; seca y arregla sus hermosos cabellos rubios sin dejar un instante de sonreir, hablar y dar gracias á la Madona; y no obstante, en medio de tanta agitacion, sin olvidar nada de lo que puede contribuir al bienestar de su *cara, cara padrona,* como llama á Lucy, prepara la tostada y el té, no el té de todos los dias, *sino el que se guarda en la caja verde para las ocasio*nes extraordinarias.

Miss Hutschin no hace nada; Speranza no cede á nadie, ni á su madre, el derecho de meter los piés de Lucy en unas zapatillas bien calientes, de calentar la cama y servir en todo y por todo á su adorable *padrona*.

Lucy se sentia renacer en esta atmósfera de cariño: y en tanto que estaba sentada tomando el té con descanso, una sensacion de indecible bienestar se esparcia en

© Biblioteca Nacional de España

su corazon y en todo su cuerpo.

Mucho tiempo hacia que no habia disfrutado de un banquete igual; todo el prestigio de la posicion y de la fortuna, todos los placeres de la vanidad satisfecha no la habian proporcionado una hora semejante.

De todos los homenajes que la habian rodeado, de todas las sonrisas que la habian dirijido, nada la habia agradado tanto como la sonrisa y los homenajes de aquellos infelices. Hay felicidades, á Dios gracias, que la riqueza no puede comprar.

Lucy contó á Speranza su visita á Bordighera y el golpe que habia recibido al ver los cambios ocurridos durante su ausencia, hablándola tambien de su sentimiento al saber que el doctor Antonio no se encontraba allí.

—Mañana hablaremos de eso, dijo Speranza, que habia visto cargados de sueño los ojos de Lucy; cuando hayais descansado bien esta noche. Por ahora os diré únicamente que el doctor Antonio ha vuelto á su pais y que allí está, al menos hace dos meses. La signora Eleonora ha recibido una carta suya, y podrá daros noticias de nuestro buen amigo. Hemos oido decir que ha habido en Sicilia una gran revolucion, y que él se ha batido valerosamente. Tambien ha habido revolucion en Cerdeña, aqui y en Rocabruna. Battista estaba á la cabeza, y vá á ser nombrado oficial de la guardia nacional. El comandante de San Remo se ha escapado, y ya no habrá mas comandantes, segun dicen; y los carabineros no serán nada en adelante. ¿Ha habido tambien revolucion en vuestro pais? preguntó Speranza con el tono de una persona que tiene por seguro lo que pregunta.

—No, gracias á Dios, respondió Lucy.

—¿No habia habido nada? repuso Speranza con sentimiento. Eso es porque no teneis comandantes en vuestro pais, añadió como si esto lo explicara todo.

De este modo Speranza, mientras desnudaba á Lucy y á pesar de su prudente resolucion de dejar la conversacion para el otro dia, contaba cuanto debia interesar á la vizcondesa.

Ya era algo saber que no se habian perdido las huellas del doctor; así despues de haber oido las buenas noches de Speranza, Lucy se durmió y soñó toda la noche con mares azulados, con naranjos y paseos por el jardin de la posada con el doctor Antonio.

Al otro dia muy temprano Speranza llevó sus niños á Lucy, dos bonitas niñas rebosando salud llamadas Lucía María y Rosa Lucía, y el niño de los cabellos rubios, Lucio.

—¿Sabiais que existia el nombre de Lucio? preguntó con orgullo la madre.

—Creo que sí, respondió Lucy.

—Pues yo lo ignoraba, repuso Speranza y no sabia cómo hacer para darle el nombre que yo queria. Battista pensó llamarle John, pero yo tomé el calendario, y gracias á Dios encontré Lucio...

(*Se continuará.*)

TEATRO PRINCIPAL.

El sábado 17 del que rige tuvo lugar en el teatro Principal, y á beneficio del simpático primer actor D. José Sanchez Albarran, una funcion compuesta de cuatro piezas con intermedios de baile. Nada podemos decir de ellas, porque nos fué imposible concurrir aquella noche, pero sí consignaremos aquí, porque es un hecho, que el público hizo salir varias veces á los actores, y cuando esto se hizo, señal es de que agradaron.

Pero si por la razon arriba dicha no podemos emitir nuestro juicio acerca del conjuntó de la expresada funcion, no nos sucede lo mismo respectó á una comedia, ya ejecutada pocos dias antes, y repetida el domingo inmediato, la cual lleva por título *Los criados*, de la cual vamos á ocuparnos, puesto que es completamente nueva aquí.

Ante todo estableceremos un principio literario, que cuando menos nos servirá para poder dar á cada cosa su nombre. La comedia en general tiene por condicion reproducir las costumbres de la sociedad culta. Difiere pues esencialmente del género llamado bajo cómico, que el cual reproduce en la escena tipos de otro círculo social mas inferior, y cuyas costumbres, cuyo lenguaje, cuyas ideas tienen que ser de diferente naturaleza. De aquí nació el sainete, modificacion del antiguo entremes: D. Ramon de la Cruz y nuestro gaditano D. Juan Gonzalez del Castillo fueron los autores de esta mejora, y en argumentos sencillos, pero en lo general bien combinados, supieron presentarnos retratos fieles de la baja sociedad en España. Habrian podido sin embargo dar mayor extension á sus fábulas, distribuyéndolas en mas actos, porque el número de estos para nada influye en el género de una composicion, pero como solo destinaban sus producciones al modesto papel de fines de fiestas, no creyeron que debiesen ser largas, toda vez que habian de suceder á la representacion de obras de mayor importancia y extension. Resulta de aquí que donde quiera que veamos la baja sociedad, con sus costumbres, con su lenguaje, siendo el alma, constituyendo el protagonismo de una obra dramática mas corta ó mas larga, allí veremos un sainete, y sainete habremos de llamarle, con permiso del cartel de anuncio, y aunque otra cosa nos diga la portada del libretin.

Resulta de lo dicho, que para nosotros la llamada comedia *Los criados* no puede ser mas ni menos que un sainete en tres actos, en el que los principales personajes son una cocinera, y un mozo de comedor, un asturiano criado del vecino de junto, un ama de cria, y varios vecinos de la boardilla, figurando solo en segundo término tres individuos de una familia á quien los dos primeros interlocutores sirven, y que ciertamente merecerian ellos tambien ocupar un sitio en el sotabanco de aquella casa.

El argumento, si tal puede llamarse, se reduce á lo siguiente.

Al levantarse el telon estamos en la cocina. Tenemos allí á un matrimonio muy maduro, con una hija digna de ámbos consortes. El marido es un viejo verde, que hace cocos á una guantera, y que consume una buena parte de su corta hacienda en comprar en la tienda de aquella guantes y perfumes, amen de los regalos que le destina para ablandarla. La señora quiere ser fastuosa, pero como el esposo no puede ó no quiere satisfacer sus vanidades, se vé ella obligada á empeñar sus alhajas. La niña es muy dada á novelas, no paga la suscricion á la lectura, y está enamorada de su maestro de piano, el cual es un pobre pacato medio tísico, que vive tambien en la boardilla, todo lo cual no obsta para que sea el afortunado rival de un propietario, con el que quieren los padres casar á la muchacha.

Estos tres personajes, ó por mejor decir estos cuatro, aunque el último no se presenta allí, son los juguetes, ó si se quiere las víctimas de sus criados, los cuales, siguiendo el saludable consejo del asturiano, han llegado á *cogerlos por las narices*. En efecto, la criada, prestando quinentos reales á su señora para que desempeñe una alhaja suya, y el mozo, haciéndose el confidente de los proyectos de amor del viejo, han llegado en realidad á ser los verdaderos amos, y cuando encuentran resistencia por leve que sea á sus exigencias, replican, gritan y amenazan, hasta lograr que á todo se acceda, y que además se los mime, se los considere, y se los deje disponer como de bienes propios de cuanto hay en la casa. Los criados, pues, no solo sisan y roban, sino que tambien estafan, y unos ricos pendientes comprados por el amo para la guantera, pasan á poder de la criada, porque el mozo de comedor, que es novio de aquella, para que las sospechas de la señora no recaigan sobre el marido declara que son suyos, no atreviéndose aquel á desmentirlo por no aparecer culpable.

Pero donde esta produccion se pone completamente al nivel del mas desahogado sainete, es en la escena en que habiendo quedado solos los criados, por haber ido á un baile los señores, llaman aquellos á todos los criados de los vecinos y á todos los habitantes de la boardilla, se suben de piés sobre las butacas para encender las arañas de la sala, saquean el guardaropa, se visten con los trages mejores de los amos, traen una mesa, cenan opiparamente, y en seguida la cocinera, el mozo, la pasiega, el asturiano, y demás ilustre y honrada compañía, organizan una danza habanera, que toca el amante musiquin, allí llovido de su sotabanco, y que ellos cantan al par, siendo interrumpidos en lo mejor de su fiesta por la aparicion inopinada del papá de la mamá y de la niña.

Ahora bien, cualquiera imaginaria que los danzantes, en castigo de aquella insolencia, serian echados de allí á trancazos. Nada menos que eso: han *cojido por las narices* á sus amos, y estos se contentan con esperar que aquellos se enmienden, cosa que á los tales no les pasa siquiera por la imaginacion.

La comedia pues, queda en vilo: como no ha habido accion propiamente dicha, como allí solo se ha presentado un cuadro de costumbres y nada mas, no habia manera de concluir. Allí nada se ata; nada se puede, por tanto, desatar. Pero es preciso echar el telon, y al efecto hay que recurrir á los amores de la niña con el exíguo maestro de piano. El novio propietario habia roto el compromiso, porque su criado, que tambien lo tenia *cogido por narices*, no quiere ama en una casa que él exclusivamente gobierna. El músico no tiene una peseta, pero dice que vá á escribir una zarzuela, y esto ablanda un tanto á los padres. Al fin ya sucede algo, y aunque sea poco y nada verosimil, ya hay un pretesto para que caiga el telon, precedido de la coplita recomendatoria.

Por la reseña espuesta, se puede formar una idea del carácter de los personages; el que no es tonto de capirote es pillo redomado, y la comedia entera no es otra cosa que una escuela en la que puede aprender todo criado, si es que ya no los sabe, unos cuantos medios seguris mos para robar, para estafar á sus amos, para hacerse ellos los verdaderos dueños, y para perpetuarse en el saqueo, sin temor de perder nunca semejante conveniencia.

Respecto al éxito, fuerza nos es confesar que la comedia fué aplaudida, y que en su primera representacion se hizo repetir la escena de la danza habanera. Se ha hecho bien, por tanto, en ponerla en escena, y en darla dos noches, y se hará bien si se dá otras veinte, caso de que siga produciendo llenos y aplausos. Ni las empresas ni los actores tienen otra mision respecto al gusto del público que conformarse con él dándole lo que le atrae y lo que le divierte. Por otra parte, aquello, como cuadro de costumbres, es una pintura tristemente fiel, es una fotografía bastante exacta, aunque desconsoladora, y esto puede explicar su éxito. ¿Pero es esa la mision del poeta dramático? ¿Debe presentar los vicios sin corregirlos, las faltas sin castigarlas? No es ese nuestro modo de ver la cuestion.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE GRÓ DE TOURS BLANCO. Lo bajo de la enagua está guarnecido con dos volantes encañonados de gasa de seda blanca, el primero de 5 centímetros de ancho y el segundo de 4; sobre estos volantes corre un entredos de encage negro, despues un bullon de gasa, despues otro entredos como el anterior, y así alternativamente: hay 5 entredoses y 4 bullones; el corpiño es escotado, con punta y draperia, las mangas, cortas, se componen de dos bullones de gasa de desigual tamaño; el que está colocado en la sisa es menos voluminoso que el otro; una cinta muy ancha, con guirnalda tegida compuesta de adormideras encarnadas y de espigas, forma un gran lazo en el medio de la draperia; los dos cabos de este vienen al lado izquierdo, y sujetos allí forman dos grandes bucles desiguales, viniendo á caer flotantes sus largos extremos. La guirnalda que compone el peinado es de adormideras y de espigas; esta avanza sobre la frente, y se dirije por los lados detrás de los bandós que terminan en largos bucles. Encima de la frente hay puesta sobre la guirnalda una mariposa negra.

VESTIDO DE INTERIOR. Trage de popelina negra, salpicado de estrellas azules; chaleco negro guarnecido de cisne; chaqueta de terciopelo azul bordado de galones blancos, rodeada por dos rulós de cisne; esta chaqueta se entreabre hácia arriba, y deja ver el chaleco; está abotonada hasta el talle; las mangas son anchas y ligeramente abiertas; la chaqueta tambien lo está sobre las caderas; un ruló de cisne señala la sisa de las mangas; el bordado forma un arabesco por detrás, debajo de la abertura del cuello; al rededor de este, rizado de encage blanco. Mangas interiores anchas de muselina blanca terminada por un puño semi-ancho guarnecido de encage.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Se suscribe en la Administracion en MADRID, á cargo de D. Manuel Torrijos, plaza de Santa Maria, n.º 2, bajo.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesoreria ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA. Bomba n. 1.

GEROGLIFICO.

© Biblioteca Nacional de España

Leroy Imp. Paris.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

n.º 5.

© Biblioteca Nacional de España